



HAL
open science

“ Tempestad en los Andes de Luis E. Valcárcel o el despertar del alma inca ”,

Pierre Lopez

► To cite this version:

Pierre Lopez. “ Tempestad en los Andes de Luis E. Valcárcel o el despertar del alma inca ”,. Babel : Civilisations et sociétés, 2019, pp.102-113. hal-02736234

HAL Id: hal-02736234

<https://hal.science/hal-02736234>

Submitted on 2 Jun 2020

HAL is a multi-disciplinary open access archive for the deposit and dissemination of scientific research documents, whether they are published or not. The documents may come from teaching and research institutions in France or abroad, or from public or private research centers.

L'archive ouverte pluridisciplinaire **HAL**, est destinée au dépôt et à la diffusion de documents scientifiques de niveau recherche, publiés ou non, émanant des établissements d'enseignement et de recherche français ou étrangers, des laboratoires publics ou privés.

Pierre Lopez

Tempestad en los Andes de Luis E. Valcárcel o el despertar del alma inca

Resumen. En 1927, Luis E. Valcárcel publica la obra *Tempestad en los Andes*, obra indigenista con una fuerte dimensión apologética y profética a veces amenazante. El autor aboga por un nuevo orden que surgirá con el despertar del indígena y actúa como un predicador que hace de su Andinismo un evangelio; pero un evangelio que fue necesario, según él, para despertar las conciencias en un contexto político marcado por los discursos revolucionarios de izquierda.

Palabras clave. Valcárcel (Luis E.), indigenismo, indígena, andinismo, Andes, Perú, Inkari

En 1927, se publica la obra *Tempestad en los Andes* de Luis E. Valcárcel, obra que va a asombrar no tanto por su forma sino por la visión del mundo indígena que propone su autor así como el tono que se transparenta en sus argumentos.

Luis E. Valcárcel, cusqueño por adopción, figura polifacética en el panorama cultural peruano del siglo XX, nació en 1891 y falleció en 1987. De sólida cultura literaria así como teórica (Benedetto Croce, Henri Bergson...) y atento a las nuevas corrientes en el sistema educativo de su país, Luis E. Valcárcel se puede preciar de haber recibido varios grados de bachiller en letras, en ciencias políticas y administrativas, en jurisprudencia así como un doctorado en historia y en jurisprudencia. Pero a pesar de una corta experiencia como abogado en Cusco se dedicará a la docencia desempeñando cargos cada vez más importantes en el campo de la educación. Fue ministro de Educación entre 1945 y 1947. Se dedicó como universitario a la enseñanza de la historia, de la historia del Arte y de la cultura del Perú así como de la etnología. Fundó

y dirigió el Museo Arqueológico de la Universidad Nacional de San Antonio Abad y llegó en los años 30 a dirigir el Museo de la Cultura Peruana. Paralelamente a ese ascenso ejemplar hasta el cargo más alto en el ámbito de la valorización y protección de la cultura peruana, no olvidemos sus labores periodísticas como director o colaborador, en los diarios cusqueños *El Comercio*, *El Sol* y *El Sur*. Si resumimos la amplia y muy rica formación universitaria de Valcárcel se entiende mejor el carácter particular de su obra *Tempestad en los Andes*, una dimensión a la vez literaria, histórica y etnológica que asienta al autor entre las figuras más destacadas del indigenismo peruano. Pero es justamente esta riqueza la que le otorga un cariz particular a esta obra muy representativa del pensamiento indigenista peruano. En el conjunto de su obra, el autor supo valorizar la cultura del Perú antiguo así como un indigenismo a veces integrador y a veces opuesto a un mestizaje avasallador y pernicioso; pero lo que puede desconcertar en *Tempestad en los Andes* es su carácter apologético y profético. Como lo anuncia el prólogo escrito por José Carlos Mariátegui: «Este libro anuncia “el advenimiento de un mundo”, la aparición del nuevo indio. No puede ser, por consiguiente, una crítica objetiva, un análisis neutral; tiene que ser una apasionada afirmación, una exaltada protesta.»¹

El indigenismo propuesto se esmera en establecer un contraste entre la cultura peruana antigua y su herencia en las poblaciones indígenas contemporáneas denunciando el sistema de explotación, de aniquilación y de ostracismo del que sufren desde hace siglos. Como lo precisará el autor, «el problema del indio» es ante todo un problema de justicia social. Se ha de reconocer al indígena como un ciudadano con los mismos derechos que cualquier otro peruano con su «libre determinación de hombres conscientes de su albedrío»². Esta postura de denuncia es común en las propuestas de los principales indigenistas andinos, sea desde una perspectiva social, política o literaria. La denuncia apunta a los principales actores y seguidores de este sistema de explotación, es decir de manera esquemática: el gamonal, el mestizo, la Iglesia, el Estado y el Ejército; dicho de otro modo, casi toda la sociedad. La liberación de la población indígena ha de hacerse por un reconocimiento de la cultura indígena por parte de la sociedad, –por parte de las propias comunidades indígena– y el Estado ha de facilitar

¹ Luis E. Valcárcel, *Tempestad en los Andes*, p. 7.

² Elmer Robles Ortiz, «El indigenismo de Luis E. Valcárcel».

este reconocimiento otorgándoles derechos y un sistema educativo adaptado que los valore como ciudadanos con una cultura milenaria sumamente rica que, en el caso de Valcárcel, se focaliza en el imperio inca. Valcárcel hace del Tawantinsuyo la cuna de lo que será el alma andina, una suerte de «edad de oro» en la que el pueblo vivía «sin miseria, un pueblo sin ricos ni pobres, solo en la Utopía». Reconociendo los aportes y riquezas de las otras culturas anteriores a la inca como los Mochicas, Paracas y Nazca, se centra en el sistema incaico como el más justo e idóneo respecto a una realidad geográfica caracterizada por los Andes. Para Valcárcel esa herencia todavía existe en los indígenas contemporáneos pero se ha de despertar, se ha de reactivar para que el indígena vuelva a ser un hombre activo, digno, libre, amo de su destino así como la principal fuerza dinámica de los Andes. Como lo apunta Mariátegui en el prólogo de *Tempestad en los Andes* :

La empresa de Valcárcel en esta obra, si la juzgamos como la juzgaría Unamuno, no es de profesor sino de profeta. No se propone meramente registrar los hechos que anuncian o señalan la formación de una nueva conciencia indígena, sino traducir su íntimo sentido histórico, ayudando a esa conciencia indígena a encontrarse y revelarse a sí misma³.

La postura de Valcárcel puede sorprender por el hecho de que no es de familia indígena, pero sí, sabemos que fue sensibilizado muy joven al mundo indígena. Podemos recordar que en sus inicios, pocos son los indigenistas de origen indígena. En el caso de Valcárcel, por la amplitud de sus campos de investigación como historiador, arqueólogo y sobre todo etnólogo se puede aludir a un conocimiento teórico y práctico al estar en contacto directo con las comunidades indígenas de la región de Cusco y de Puno. Y justamente, en *Tempestad en los Andes*, no se propone presentar una teoría o una doctrina del renacimiento del indígena sino presentar bajo la forma de un conjunto de cuadros la vida rural indígena.

La obra consta de seis partes. Las cuatro primeras partes son conjuntos de cuadros. «Tempestad en los Andes» tiene un tono profético, casi amenazante. «Detrás de las montañas» propone presentaciones a veces bucólicas del agro serrano con críticas muy duras contra el mestizo considerado como un ser degenerado. En un cuadro

³ Luis E. Valcárcel, *op.cit.*, p.7-8.

titulado «El tesoro de los inkas» cuenta Valcárcel que un tal Alejo Kusirimachi Akostupa Inka conservaba el secreto de los incas: la ubicación del tesoro de sus antepasados. «Cuando llegó a los cien años y ya sus fuerzas declinaban» guió a su hijo a las misteriosas galerías subterráneas. «Estas infinitas riquezas que escaparon del pillaje español las utilizará nuestra raza el día que haya salido de los Andes el último blanco», le dice Alejo a su hijo, quien juró que el secreto permanecería irrevelable. En otro cuadro, «La tradición vive en los ayllus», dice el narrador:

Ellos, los hijos de Manko K'apak, desheredados hoy, son mil veces más ricos que todos los blancos juntos. Llegará el día en que el tesoro hundido en el arca de piedra de las entrañas del Cusco surja a la superficie. Entonces, no habrá sobre la tierra pueblo más feliz.⁴

El conjunto de cuadros siguiente, «La Sierra trágica» es una dura descripción de la explotación del indígena por el gamonal, y el cuadro titulado «los nuevos indios» da un tono de esperanza con personajes como un maestro, un pastor, un soldado, un agitador; personajes ya no sometidos pero con proyectos. La penúltima parte titulada «Ideario», son textos a veces muy breves como el que inicia esa parte: «De los Andes irradiara otra vez la cultura»⁵. Estos textos hacen la apología del «nuevo indio», del andinismo con una exaltación a veces excesiva, con una tonalidad profética y con una vehemencia contra el mestizaje que puede sorprender por su violencia. El último fragmento, «Costa y Sierra», acaba con esta dimensión profética: «Pero un día bajarán los hombres andinos como huestes tamerlánicas. Los bárbaros –para este Bajo Imperio– están al otro lado de la cordillera. Ellos practicarán la necesaria evulsión (sic)»⁶. La última parte se compone de dos textos: una conferencia leída en la universidad de Arequipa el 22 de enero de 1927 donde el mestizo es tratado con más benevolencia, pero que mantiene un carácter apologético. En ella arremete contra los valores del occidente considerado como un virus, para tomar un tono grandilocuente, hasta místico y mesiánico a favor de lo indígena:

El autómatas que hoy dispara contra sus hermanos de raza dejará de serlo. ¿Y entonces?

⁴ *Ibid.*, p. 49.

⁵ *Ibid.*, p. 111.

⁶ *Ibid.*, p. 124.

Quién sabe de qué grupo de labriegos silenciosos, de torvos pastores, surgirá el Espartaco andino. Quién sabe si ya vive, perdido aun en el páramo puneño, en los roquedales del Cuzco. La dictadura indígena busca su Lenin.⁷

Mantiene este tono en el último texto que inicia así: «Nuestro evangelio se sintetiza en una sola palabra: Andinismo». A partir de Cuzco, propone un verdadero panindianismo que integre «todo lo que los Andes abarcan»⁸.

Como lo acabamos de ver, Valcárcel aboga por un nuevo orden que surgirá con el despertar del indígena; ese «problema del indio», como se solía decir, tiene su solución: el indianismo y en su expresión más amplia el andinismo. Por lo menos, Valcárcel si integra al indígena insondable, sometido y explotado en su obra; también lo presenta como un ser rebelde, que sabe vengarse y atacar el viejo orden colonial, y sobre todo como un hombre gestor de su propia libertad. Esta última descripción tiene a veces valor de advertencia, casi como una amenaza solapada. Esta idea de «resurgimiento» sólo se puede hacer con una revaloración del pasado andino en el presente, lo que constituye una fuente decisiva para el futuro del país.

Para Valcárcel, sobre todo en los años 60, como lo afirma Elmer Robles, «No se trata, en su entender, de idolatrar el pasado, sino adquirir conciencia lúcida de la duración y perduración del legado cultural»⁹. Paralelamente a sus trabajos de investigación en el ámbito de la arqueología, Valcárcel se vale de la etnología para rastrear elementos del Perú antiguo en las comunidades contemporáneas. Para mejor comprender el mundo indígena se ha de buscar en su pasado hasta más remoto y mejor interpretar su evolución presente y anticipar esta misma evolución en el futuro. Reanudar con el pasado no permite sólo valorar la cultura inca sino que se inscribe dentro de un proceso de «regeneración» o «resurgimiento», dando así pautas para una mejor integración en el presente y en el futuro. Pero tal propuesta no significa que los indígenas contemporáneos hayan perdido toda forma de cultura, según Valcárcel el indígena entra en el siglo XX conservando buena parte de su acervo cultural. Pero el historiador aboga más hacia una «soberanía cultural» que hacia una integración a la cultura occidental

⁷ *Ibid.*, p. 134.

⁸ *Ibid.*, p. 138.

⁹ Elmer Robles Ortiz, *op.cit.*

impuesta desde la conquista. El Perú es una nación compleja, multicultural y para Valcárcel se ha de convivir con estas diferencias culturales pero defendiendo una cultura común andina. Sería más bien la cultura occidental la que tendría que integrar elementos de la cultura andina antigua valorándola:

Fuerte unidad y vitalidad de estilo tiene el Perú indio; sus usos y costumbres inmemoriales apenas si han cambiado. El europeo solo destruyó la armazón política, todo lo transferible de la civilización inkaica, pero no ha podido arrancar a los peruindianos su «alma de cultura», la raíz biológica de su existencia como pueblo.¹⁰

Valcárcel concibe este pasado antiguo del Perú como un elemento integrador con rasgos comunes, correspondencias en los ritos religiosos y mágicos, en la alimentación, la vestimenta, la vivienda, el sistema social del ayllu¹¹, en la ciencia y técnica, en el arte, en el trabajo concebido en su forma solidaria y cooperativa. El historiador enfatiza sobre rasgos comunes al mundo andino aunque hayan existido muchas culturas prehispánicas diferentes y más que nada estos elementos, que permiten una unidad, se centran en la imagen del Tahuantinsuyo.

Pero si la postura de Valcárcel parece menos exaltada respecto a una idolatría del Tahuantinsuyo a lo largo de los decenios que siguieron la publicación de *Tempestad en los Andes*, la mirada y el tono apologético que presenta en 1927 pueden perturbar ya que anuncia el retorno del orden incaico no sin cierta amenaza y beligerancia. No es de extrañar entonces que su discurso haya perturbado o por lo menos asombrado en el mundo de la intelectualidad peruana de finales de los años 20.

De cierto modo, el tono corresponde también a un contexto particular. Como ya se ha precisado, esta amenaza del retorno al orden inca por un movimiento colectivo, por una futura guerra entre los indígenas y los demás, se hace en un contexto histórico de levantamientos de comunidades indígenas en la Sierra peruana a menudo aniquilados por el Ejército. El retorno al incario, simbólicamente es llevado por el mito del Inkarrí, del rey inca que vuelve a reinar sobre los Andes. Este mito constituye un núcleo ideológico y simbólico que

¹⁰ Luis E. Valcárcel, «Sobre peruanidad», p. 101.

¹¹ El ayllu es una agrupación de familias unidas por lazos de sangre y de territorio. Las familias cultivan los campos mediante el trabajo colectivo y las tierras son de propiedad común.

acompaña las luchas insurreccionales indígenas en las zonas andinas hasta bien entrado el siglo XX. Además, en un contexto de politización de las «masas» desde los lineamientos socialistas y marxistas que proponen la recuperación de las tierras, aunque sea con la lucha armada, se actualiza el mito del Inkari. Con el tiempo, se derrite el mito dentro de una politización revolucionaria más volcada hacia una lucha de clases como con la veta maoísta en la que el marxismo se concibe como una verdadera religión y la guerra como única manera para conseguir el nuevo orden. La expresión más extremista de esta corriente estallará con el terrorismo de Sendero Luminoso en los años 1980. Pero en el caso de Valcárcel, con el tono amenazante en su *Tempestad en los Andes*, el historiador y etnólogo se inscribe más bien dentro de la veta insurreccional indígena que sacudió los Andes a lo largo de su historia. Dentro de los grandes levantamientos que forman parte de la memoria colectiva andina podemos recordar a Túpac Amaru II quien inició en 1780 la mayor rebelión indígena que haya conocido el Perú y que pretendió con las armas restaurar el Incario. Otro ejemplo mucho más cercano a Valcárcel, es el fallido alzamiento del mayor Teodomiro Gutiérrez en 1917. Este militar asumió el nombre de general Rumi Maqui («mano de piedra» en quechua) y encabezó un levantamiento campesino en el departamento de Puno, mezclando anarquismo y milenarismo para luchar contra los hacendados y volver al Tahuantinsuyo. De hecho, la utopía andina del retorno al orden perdido no fue una mera ilusión compensatoria de los vencidos sino una fuerza movilizadora con expresiones diversas, sin por lo tanto ser un programa ni una doctrina definida.

En el ámbito literario nacen propuestas narrativas de denuncia social con un lenguaje cada vez más crudo y una violencia cada vez más afirmada. La sociedad civil y el mundo de las letras se han politizado con ideas de izquierda (marxismo, socialismo) cuyos líderes como Mariátegui van a abogar por una revolución socialista. Este último afirma en el prólogo de *Tempestad en los Andes* :

El pensamiento revolucionario, y aun el reformista, no puede ser ya liberal sino socialista. El socialismo aparece en nuestra historia no por una razón de azar, de imitación o de moda, como espíritus superficiales suponen, sino como una fatalidad histórica.¹²

¹² Luis E. Valcárcel, *Tempestad en los Andes*, p. 14.

Al considerar el ayllu –la cooperación que éste supone en el ámbito de la explotación de las tierras– como una de las expresiones primarias del comunismo, el socialismo no aparece como un pensamiento ajeno al mundo andino sino todo lo contrario. El indigenismo, en su lucha contra el gamonalismo y el imperialismo será integrado por los líderes de izquierda con dos figuras claves: Víctor Haya de la Torre y Mariátegui. De hecho, con Mariátegui una relación estrecha se establece entonces entre la revista *Amauta* y los actores del indigenismo¹³. En *Amauta* n°12, Víctor Haya de la Torre, el fundador de la Alianza Popular Revolucionaria, en un artículo titulado «El problema histórico de nuestra América», interpreta a los ayllus como una forma de «comunismo primitivo» y como otras voces venidas de Europa¹⁴ anuncia, valiéndose del método dialéctico aplicado a la historia, el ocaso de las sociedades occidentales: «Dentro de toda sociedad las clases y sus sistemas evolucionan, negándose mutuamente. De la pugna florece la nueva sociedad, fruto de la violencia. La solución de los contrarios es la revolución¹⁵.»

Y cuando intenta aplicar este método histórico a la historia americana, es relevante la visión exaltada que tiene de la sociedad incaica antigua ya que recuerda mucho la de Valcárcel:

El comunismo primitivo de la organización incaica alcanza maravillosas proporciones. Económicamente los quechuas habían implantado un socialismo, que aunque teocrático e imperial, impedía la posesión privada de la tierra, única fuente de producción en esa sociedad campesina. [...] El Ayllu, la comunidad indígena –supersiste aún, pese a la conquista y a la república– unida también por la sangre, era la célula del Imperio.¹⁶

Pero según Víctor Haya De la Torre, en América Latina, el problema es que todos los estratos sociales coexisten en «abigarrada mezcla». La organización social es diferente a la europea, lo que merma el sistema de evolución según una lectura dialéctica de la historia. La causa, según Haya de la Torre, es que «ningún estrato social ha desaparecido para sustituir el otro, antes bien, guardan su autonomía y

¹³ Elmer Robles Ortiz, *op.cit.*

¹⁴ Pensamos por ejemplo en el francés, Louis Baudin y su obra publicada en París en 1928: *L'Empire socialiste des Inka*.

¹⁵ Víctor Haya de la Torre, «El problema histórico de nuestra América», p. 21.

¹⁶ *Ibid.*

hacen su vida apenas rozándose¹⁷.» Para Haya de la Torre éste es «el más trágico y tremendo problema de nuestra América». Y ante esta complejidad, es preciso buscar y descubrir la realidad americana y no inventarla. Haya de la Torre insiste en esta necesidad de buscarse y de encontrarse: «El fracaso de dos importaciones europeas: la conquista y la República nos dan la gran lección histórica de buscarnos a nosotros mismos¹⁸».

Valcárcel ve en el pasado antiguo y en su legado al mundo contemporáneo la mejor vía para buscarse y encontrarse de manera idónea deshaciéndose de los modelos occidentales. Eso no supone un rechazo de la modernidad y de los aportes de la cultura occidental sino que como ya se ha dicho, ésta ha de servir para la valorización del pasado antiguo.

En su artículo titulado «Sobre peruanidad» publicado en 1929, en la revista *Amauta*, Valcárcel nos da su definición del indianismo, lo que incluye esta dimensión abarcadora:

No son indios todos los étnicamente tales; y pueden llamarse con ese nombre muchos en cuya sangre no se ha mezclado una gota de la que circuló por venas de Manko. El “indianismo” ha pasado ya del plano puramente racial, biológico, para adquirir todo su valor en el mundo psíquico. El influjo de lo indio es tan poderoso en el Perú que de él no se libran cuatro quintos de la población total.¹⁹

Treinta años después de la publicación de *Tempestad en los Andes*, con la evolución del pensamiento indigenista²⁰ que acompaña los cambios de la sociedad peruana, Valcárcel abandona su tono amenazador, mantiene su dimensión abarcadora y esperanzadora ya que considerará a la población indígena como una reserva de una «inaudita energía humana» para impulsar el progreso del país.

¹⁷ *Ibid.*, p. 23.

¹⁸ *Ibid.*

¹⁹ Luis E. Valcárcel, «Sobre peruanidad», p. 100.

²⁰ Como lo recuerda Elmer Robles Ortiz, Valcárcel distingue tres «momentos», aunque con diferencias, de un mismo proceso de lucha a favor de las grandes mayorías indígenas del Perú: el «indigenismo regional», de ámbito restringido, desarrollado principalmente en Cusco y Puno; el «indigenismo nacional», extendido por todo el país, aproximadamente entre 1925 y 1930; el «indigenismo institucional». Ver Elmer Robles Ortiz, *op.cit.*, p. 223.

Tempestad en los Andes se inscribe en la propuesta de un indigenismo nacional que refleja una primera etapa de denuncia y propaganda con fuerza y firmeza. El tono exaltado profético se puede interpretar como una necesidad absoluta, como una alternativa ante la deterioración del mundo occidental que no supo adaptarse al mundo andino sino para intentar aniquilarlo. El recelo hacia la cultura occidental en América tal vez se pueda percibir en la crítica feroz que hace Valcárcel respecto a los mestizos como seres malévolos. La crítica resulta exagerada y contradictoria o por lo menos excluyente con el sentimiento de indianismo que expresaría en 1929, cuando afirmaba que «El “indianismo” ha pasado ya del plano puramente racial, biológico, para adquirir todo su valor en el mundo psíquico.»

Su pensamiento respecto al mestizo se irá matizando con el tiempo. Por otro lado, su percepción negativa sobre la civilización occidental putrefacta y agotada, se ha de considerar en los primeros tiempos como una exageración o exacerbación al servicio de una causa que propone vías de reflexiones sobre la evolución de la sociedad peruana hasta entonces no valoradas: una causa indígena más adecuada a la realidad peruana. Sin embargo, el tono amenazante, sobre la posibilidad de un nuevo orden futuro que anuncia revoluciones y rebeliones sangrientas se revelarán en los años 1980 con las guerrillas y el «estado de guerra» que se va a imponer en algunas zonas andinas.

En *Tempestad en los Andes*, Valcárcel actúa como un predicador que hace, como lo proclama, de su Andinismo un evangelio. Pero un evangelio que fue necesario según él para despertar las conciencias.

Su larga vida le permitió seguir el proceso de la sociedad peruana a lo largo de casi todo el siglo XX. De un indigenismo radical excluyente respecto a los mestizos pasa a una «escuela de pensamiento» más integradora. La tempestad que anunciaba Valcárcel en los Andes no estalló en un proceso revolucionario de «indigenización» de todas las capas sociales y de todo el territorio nacional o andino, pero sí fue un relámpago alumbrante en el proceso de valoración del mundo indígena.

Pierre Lopez
Aix-Marseille Université
CAER (EA 854)

Bibliografía

- BAUDIN, Louis. *L'Empire socialiste des Inka*. Paris: Institut d'Ethnologie-Paris, 1928.
- HAYA DE LA TORRE, Víctor. «El problema histórico de nuestra América» *Amauta* n° 12, Lima, 1928, pp. 21-23.
- MARIÁTEGUI, José Carlos. «Prólogo». *Tempestad en los Andes*. Lima: Populibros Peruanos, 1927.
- ROBLES ORTIZ, Elmer. «El indigenismo de Luis E. Valcárcel». *Pueblo Cont.* Vol. 27 enero-junio 2016: 224. Consultado el 15 de septiembre 2018 <docplayer.es/79418553-El-indigenismo-de-luis-e-valcarcel.html>.
- VALCÁRCEL, Luis E.. *Tempestad en los Andes*. Lima: Populibros Peruanos, 1927.
- VALCÁRCEL, Luis E. «Sobre peruanidad». *Amauta* n° 26, Lima, 1929, p. 100-101.